

# Recibió

la noticia del crimen el general González. Primero, no quiere creerla; su alma de hombre bueno, abierta a todas las ternuras, la rechaza; después . . . . . después se armoniza con la realidad y cree en la consumación del crimen.

Ante tales hechos sin precedente, su cólera le hace palidecer; el sentimiento de gratitud y de justicia, que desde niño lleva en su corazón, y la amargura al ver despedazado el honor de su Patria, le hacen derramar lágrimas. No es el llanto de la mujer que llora los estragos que hace el tiempo en su belleza, es el llanto producido por el dolor de los dolores: el dolor metafísico.

Jura allí mismo, ante los suyos, batir sin tregua y sin reposo al réprobo y a su jauría hasta aniquilarlos, pues no debe quedar impune el asesinato; ¡aún hay hombres que sabrán alzarse y castigar con su propia mano!

Con la celeridad que el caso requería, se moviliza para Cuatro Ciénegas; conferencia con el coronel Salinas; éste le informa de la actitud del Gobernador de Coahuila, quien, a impulsos de su alto civismo, había salido de Sal-